

# ALEPH

número 17  
(enero de 2003)



Jornada del sábado 23 de febrero de 2002  
organizada por ALEPH y el proyecto (FWO-RUG/UIA) sobre ficción historiográfica  
en la literatura centroamericana e hispanocaribeña

Para citar este artículo: Vázquez Díaz, René. “Historia, realidad y posibilidad en mi novela *Fredrika en el paraíso*. Peripecias de una escritora sueca en la Cuba de los Capitanes Generales”. *(Meta)ficción historiográfica*, número especial de *Aleph: Revista de Literatura Hispanoamericana*, no. 17, Collard P. y Montalvo Y. (eds.). 2002, pp. 67-82. ISSN 1784-5114. Disponible en: [http://ahbx.eu/ahbx/?page\\_id=7464](http://ahbx.eu/ahbx/?page_id=7464)

## **Historia, realidad y posibilidad en mi novela *Fredrika en el paraíso*. Peripecias de una escritora sueca en la Cuba de los Capitanes Generales**

René Vázquez Díaz

El flujo de acontecimientos actuales tiene siempre una raíz recóndita en una imagen perdida en los laberintos del tiempo. A veces, esa imagen es perfectamente rastreable. Los historiadores meten las manos y las uñas en los archivos y los compendios y sacan concatenaciones de hechos que explican el pasado y sus relaciones con el presente. Ante la tarea de escribir una novela histórica, los novelistas hacemos exactamente lo mismo; la diferencia consiste, según lo veo yo, en que los historiadores insisten en buscar hechos, mientras que los novelistas somos buscadores de imágenes.

Los seres humanos hacemos historia o somos víctimas de ella sin tener una conciencia clara de que lo hacemos condicionados por un manojito de imágenes lejanas, imágenes históricas sacadas de la gastronomía, el erotismo, el belicismo y en general de la cultura, pero que han sido olvidadas por los pueblos, desechadas por los historiadores, ocultadas por los políticos y, en el peor de los casos, despreciadas por los profesores de literatura. No en balde Lezama Lima dijo que “la imagen es la causa secreta de la historia”.

Para el gran poeta y ensayista cubano, ningún gesto histórico es casual. Inapelablemente, en secreto y desde abajo, las imágenes del pasado nos susurran pautas de conducta. Cuando en una

época dada los historiadores desechan, falsean u olvidan ciertas imágenes históricas, el novelista puede hacer una aportación al conocimiento de la historia "real y verdadera" rescatando acontecimientos, destinos e incluso frases enigmáticas que antes parecían exentos de todo interés, pero que, cuando se les saca de su ostracismo o de las jaulas de la tradición, y se les coloca en el contexto metafórico de un relato literario, se hacen imprescindibles para entender el pasado no como "conocimiento objetivo", sino como intuición, por medio de las "vivencias oblicuas" de Lezama Lima, quien llega incluso a proponer:

Poner la imagen sustituyendo a la naturaleza.

El escritor de novelas (no solamente históricas), por su parte, puede inspirarse en los ensayos de Lezama, concretamente en "Preludio a las eras imaginarias", "A partir de la poesía" y "La imagen histórica" y proponerse:

"Poner la imagen sustituyendo a la historia".

Entonces el escritor empieza a rebuscar en los libros pasados de moda, en los periódicos viejos y en los vericuetos de sus propios infiernos. El novelista empieza, sencillamente, a recordar. Ata cabos y establece analogías, baraja "metáforas vivientes" y va enredando a sus personajes en "inmensas redes de contrapuntos culturales" (José Lezama Lima, *La cantidad hechizada*, *Ibíd.*). Porque ¿qué es una novela como por ejemplo *Terra Nostra* sino una ilustración fabulosa de lo que Lezama llamó "milenios extrañamente unitivos" por medio de la imagen? Para mí, un cubano del exilio, o del exterior, o de Malmö, o de La isla del cundeamor, o de donde ustedes quieran, el poder de la memoria es el más limpio de todos los poderes, puesto que nos ayuda a actuar en el tiempo histórico sin más coacción que el simple hecho de recordar. Recordar insta a crear. En el encuentro con lo creíamos enterrado surgen las preguntas que nos ayudan a entender quiénes somos y qué hay debajo de nuestras cicatrices. Creo que el único deber de toda novela histórica, además de estar

bien escrita, es demostrar dos cosas: 1) que casi todas las cicatrices históricas se cerraron mal y que la mayoría supura aún de vez en cuando. 2) que, como decía Borges, sólo no existe una cosa: el olvido.

## **II**

Hay libros que uno escribe porque quiere escribirlos; otros, porque no le queda más remedio. En el primer caso, el novelista es como una mujer que busca ardientemente ser preñada, hasta que lo logra; en el segundo, el escritor es una hembra que se ofreció con demasiada alegría, se descuidó, salió en estado y después no pudo hacer otra cosa que parir. Claro que ese escritor-hembra podría interrumpir el embarazo; pero un sentimiento muy profundo le impide renunciar a la criatura que lleva dentro. A ese tipo de libros yo los llamo los libros totalitarios, porque no permiten que uno, en su humilde condición de inventor de historias, elija libremente sus proyectos narrativos. No obstante, esos libros dejan una huella de satisfacción y de cariño: la impronta de lo que se impone por sus propios méritos.

Fredrika en el paraíso nació así, en contra de mi voluntad pero no en contra de mis sentimientos más profundos. Porque esa novela es el producto de una seducción. Yo me enteré de la existencia histórica de Fredrika Bremer en 1987, en casa de mi querido amigo y maestro, el escritor e hispanista sueco Artur Lundkvist. Fue él quien me contó que Fredrika había estado en Cuba en 1851 (sola, sin conocer a nadie ni hablar el español), y que su testimonio era fundamental para entender muchos aspectos de las relaciones entre Cuba y España pero también entre Cuba y EE UU. Rápidamente leí su obra capital, Hogares del nuevo mundo (*Hemmen i den nya verlden*, Estocolmo, 1853) y me enamoré perdidamente de ella. Después leí todas sus novelas, que, dicho sea de paso, con un par de excepciones hoy resultan aburridísimas. Me tragué toda su correspondencia epistolar y finalmente leí todos los trabajos de investigación sobre la autora y su obra. Juro que para soportar esa lectura es preciso venir de

muy lejos y estar muy enamorado, pues Fredrika ha sido ahogada en un océano de investigaciones que, con un par de excepciones, son mucho más aburridas que sus novelas.

No tardé en descubrir que la mayoría de aquellos trabajos de investigación hablaban de una mujer que era muy diferente a la Fredrika que aparecía en sus propios escritos. Donde yo veía a una mujer combativa, atrevida y con ideas de una gran vigencia actual sobre los desmanes del mercantilismo a ultranza y las posibilidades de justicia social del socialismo democrático y cristiano que ella preconizaba, y por lo tanto una fuente de inspiración y de espíritu de transformación para los jóvenes, la historiografía tradicional me la presentaba como un objeto disminuido, reseco y disecado que sólo servía para que algunos investigadores literarios publicaran doctos tratados que la alejaban aún más del lector actual.

Pocos autores han sido tan elogiados primero por sus novelas y enseguida tan difamados, denostados, ridiculizados y combatidos por sus opiniones y su actividad social (y política) como lo fue Fredrika Bremer. La primera en traicionarla fue, paradójicamente, una mujer, su hermana Charlotte, quien echó al fuego el legado literario de Fredrika tras su muerte en 1865 por no estar de acuerdo con las ideas emancipatorias de su célebre hermana. Las primeras en adueñarse de su imagen de fundadora del movimiento feminista sueco fueron las señoras encumbradas de la corriente no socialista del movimiento femenino, quienes difundieron la imagen de una Fredrika inmaculada, políticamente neutra y sin una sola opinión controversial, poniéndola en un pedestal de bobería que la convirtió en una solterona filantrópica, inerme y beata. Un ejemplo: cuando Fredrika regresa de su viaje a EE UU y a Cuba, pasa unos meses en Inglaterra, donde estudia la difícil situación de los trabajadores y sus intentos de paliar – organizándose – los efectos desastrosos del capitalismo. Una vez en Suecia, publicó una serie de artículos para el periódico Aftonbladet. La publicación fue suspendida ya que el periódico se

dio cuenta de que la escritora estaba haciendo "agitación socialista"; ella protestó y logró publicar todos los artículos. Pero he aquí que casi inmediatamente esos textos fueron traducidos y publicados en varios países europeos, bajo el título de England om hösten år 1851 (Inglaterra en el otoño de 1851). Sin embargo, en el país de la autora esa serie no se publicaría hasta setenta y cinco años más tarde.

Pero lo peor fue mi descubrimiento de que la historiografía sueca había intentado escamotearle a las nuevas generaciones las deliciosas peripecias de Fredrika Bremer en la Isla de Cuba. La primera edición de Hogares del nuevo mundo se publicó, como he dicho, en 1853. En ella está presente el testimonio cubano de la viajera. En la segunda edición, que fue preparada por Fredrika misma y que salió a la luz en 1866, es decir un año después de su muerte, también se reproducen íntegramente sus aventuras y reflexiones cubanas. Esto indica de modo fehaciente que la voluntad expresa de "la viajera antillana" (como ella se autodenomina) era que "sus vivencias cubanas" formaran parte indisoluble de Hogares del nuevo mundo. Pues bien, después de esa edición de 1866 el lector sueco tiene que esperar casi cien años para que la obra se reedite.

En 1961 se publica en Suecia, ¡al fin!, una nueva edición. En el prólogo se dice que todo lo que la escritora cuenta de su estancia en Cuba constituye "la cúspide" de su diario epistolar de viaje americano. Razón tenía el prologuista: tanto idiomática como literariamente los textos más hermosos, sensuales, alegres y políticamente proféticos del libro son justamente los que Fredrika escribe en Cuba. ¡No obstante, los editores extirpan de cuajo toda la parte cubana, pese a los elogios del prólogo a esa misma parte escamoteada! ¡Más de doscientas páginas volatilizadas, así como una colección única de magníficos dibujos de casas cubanas, ceibas y negros esclavos de ambos sexos, paisajes, frutos tropicales, colibríes y flores! O sea, que quienes leyeron la edición de 1961 de Hogares del nuevo mundo... o llegaron a la conclusión

de que el prologuista estaba borracho cuando lo escribió, o que... ¡Fredrika Bremer nunca estuvo en Cuba!

Ante este tipo de burda calumnia de la historiografía, el novelista siente que puede tomarse todo tipo de libertades literarias con el objetivo de restablecer lo que Lezama Lima hubiera llamado "la posibilidad actuando sobre la imagen". ¿Tenía algo que ver esa exclusión bochornosa e inexplicable con el apogeo de la Revolución triunfante en un año tan candente como 1961, con su espiral de confrontaciones con EE UU y su giro hacia una radicalización "sovietizante"? ¿O se trataba simplemente de una expresión más de la disminución sistemática de la imagen de la enorme Fredrika, proceso de adoctrinamiento que había comenzado ya en vida de la escritora? ¿O sería que las descripciones "cubanas" de Fredrika desmoronaban su imagen de santa desprovista de emociones y deseos? Imposible saberlo. Tanto los editores como el prologuista murieron hace mucho tiempo, y los circunspectos especialistas académicos en la obra y la vida de Fredrika no protestaron en aquel entonces, ni tampoco hoy parece preocuparles demasiado la amputación. Por el contrario, transmitieron en sus estudios la omisión o continuaron considerando las experiencias cubanas de Fredrika como hechos de importancia secundaria, falsificando su legado y su vida.

De esta manera lo que para Bremer eran unos textos fundamentales, pioneros y queridísimos sobre una etapa extraordinariamente sabrosa de su existencia y plena de descubrimientos que transformaron su vida, para los especialistas se convirtió en una escapadita casi turística exenta de importancia no sólo histórica y literaria, sino humana. Ni siquiera se percataron del hecho casi inverosímil –una verdadera imagen lezamiana y, desde el punto de vista emocional, la "cúspide" absoluta de Hogares del nuevo mundo–, que fue el encuentro una voluptuosa noche de febrero de 1851, en la terraza de un humilde hotel en el corazón de La Habana Vieja, de Fredrika Bremer y Jenny Lind, la legendaria cantatriz sueca, amiga de la escritora y al mismo

tiempo su enemiga: ilas dos mujeres más famosas del Reino de Suecia desde la Reina Cristina, reconciliándose a la luz del faro del Castillo de los Tres Reyes del Morro, bajo las constelaciones calientes del Trópico de Cáncer! Después de la publicación de mi novela, Eusebio Leal, Historiador de la Ciudad de La Habana, mandó colocar una tarja conmemorativa en la casa donde, con toda probabilidad, se produjo el sentimental encuentro.

### **III**

Fredrika Bremer nació en Åbo, en Finlandia, en 1801. Su padre – que había nacido también en Finlandia, de padres suecos que eran de origen alemán– era un acaudalado empresario industrial que amaba a Finlandia desde la perspectiva de su clase y condición de sueco adinerado. En 1804, teniendo nuestra Fredrika 3 años de edad, toda la familia Bremer se muda para Estocolmo. Adquieren un piso de lujo en el corazón de la ciudad y, en el campo, compran el palacio de Årsta, donde pasarían los veranos. La madre de Fredrika era una señora de bellos modales que basaba la educación de sus hijas en tres principios férreamente definidos: 1) las niñas deberían crecer en la mayor ignorancia posible sobre las cosas malas del mundo. 2) las niñas deberían tener una instrucción lo más distinguida posible y 3) las niñas deberían comer lo menos posible.

El padre era un patriarca melancólico y furioso, de talante despótico, un hombre profundamente frustrado que manejaba su hogar como si fuera un campamento. Para Fredrika, su padre era un monstruo, y en muchas de sus novelas aparecerá como un fantasma aborrecible, un dictador irracional que arruinará la vida de las mujeres bajo su poderío implacable. La pequeña Fredrika era indomable y desdichada. Su hermana Charlotte, la mayor (a quien yo odio y desprecio), cuenta el terror que no sólo su padre le inspiraba sino también su madre, que era convencional, rígida y poco comprensiva. Fredrika se robaba los cuchillos y apuñalaba los muebles. Una vez se robó unas tijeras, descuartizó el forro de los butacones y después les puso parches que recortó de sus propios



vestidos. La joven Fredrika entró en la pubertad con fama de vehemente, conflictiva, contestona, preguntona e indoblegable.

Fredrika creció convencida de que era feísima porque así se lo inculcó su madre: a diferencia de Charlotte, que era sumisa, obediente e hipócrita además de bella, Fredrika tenía una nariz extirpable y una frente innoble. Todo esto era insensato, por supuesto; en los grabados y daguerrotipos aparece una Fredrika muy atractiva, de ojos soñadores, labios bien formados, hombros deliciosos y manos delicadas. Fredrika lee novelas y obras históricas y hace planes detallados para escaparse de casa y enrolarse, vestida de varón, en la guerra contra Napoleón. Se siente confinada en una vida que no le permite desarrollarse como ser humano. La desesperación de estos años se resume en estas palabras suyas:

Mis padres trataban de doblegarme y de someterme con su severidad, o si no ridiculizando mis sentimientos y mis ideas. Fui desdichada en mi primera juventud, y vehemente como yo era en todo, preparé muchas veces la forma de quitarme la vida, o de arrancarme mis propios ojos.

En julio de 1830 muere su padre y en medio del luto Fredrika siente que el eslabón principal de una odiosa cadena ha desaparecido para siempre. Ese mismo año apareció la segunda parte de su libro Escenas de la vida diaria, que es una evocación muy bien perfilada del hogar burgués sueco de principios de siglo. La primera parte había aparecido dos años antes bajo seudónimo, pero ahora la joven escritora ganaba en confianza y era toda una celebridad. En 1831 Fredrika pasa una temporada en Kristianstad, en casa de su recién casada hermana Charlotte, y allí sucede algo absolutamente crucial en su vida: conoce a Per Johan Böklin, un joven culto, de familia modesta, que llegó a ejercer una influencia tremenda sobre Fredrika. Böklin se convirtió en el verdadero maestro de la escritora, incluso puede decirse que él fue su verdadera universidad, pues con su vasta cultura puso en orden el caos intelectual que había en el espíritu de la joven novelista. Con

Böcklin discute Fredrika los diálogos de Platón, los dogmas del evangelio y la filosofía clásica. Él fue el único representante del sexo masculino que se ganó la confianza absoluta de Fredrika Bremer y el único que seguiría siendo su amigo íntimo durante toda la vida. No es extraño que entre tanta cultura el pobre Böcklin se enamorase perdidamente de Fredrika, lo cual demuestra que no era tan fea como la madre buena le había inculcado. Böcklin pide su mano pero la escritora, después de muchas dudas responde, en una carta famosa, que "El manejo doméstico de un hogar sueco no se compagina con el reino de la fantasía".

Durante las décadas del 30 y el 40 la fama de Fredrika se consolida, como escritora y como luchadora por los derechos civiles de la mujer. Novelas suyas como *Los vecinos* (1837), *El hogar* (1839), *Vida de Hermanos* (1848), se traducen al francés, alemán, polaco e inglés y alcanzan grandes tiradas. Su compromiso con la liberación de la mujer ha ido madurando. En 1843 ya había publicado un llamamiento a las mujeres suecas con el objetivo de sacarlas del anonimato de los hogares con el fin de organizarse, ayudar a los niños pobres y, a la postre, emanciparse. Fredrika funda Asociaciones femeninas en todo el país y en 1854, en plena guerra de Crimea, tiene la osadía de publicar otro llamamiento, esta vez en el periódico londinense *The Times*, en el que insta a todas las mujeres del mundo a fundar una Unión Internacional Femenina, con base en Estocolmo, para combatir los males provocados por las guerras.

En 1848 se identifica, a su manera siempre contradictoria, independiente y crítica, con los socialistas franceses. París arde en llamas. En Estocolmo, la sangre corre por las calles. El ejército reprime las demostraciones con un saldo de unos 30 muertos y un cambio de gobierno. La revuelta abre la posibilidad de ciertas reformas y, en este clima de incandescencia política, Fredrika prepara su viaje a América del Norte. Llega a Nueva York el 4 de octubre de 1849 y los americanos compiten por tenerla como huésped. Para entender cuán famosa era en aquellos momentos,

baste decir que pudo sufragar los gastos del largo viaje con los honorarios de dos libros, *Midsommar-resan* (Viaje del día de San Juan) y *Syskonliv* (Vida de hermanos) ambos publicados en 1848. Su objetivo es tratar de entender la Unión Americana y estudiar la situación de la mujer en el nuevo mundo, desde una perspectiva muy peculiar: "desde el interior protegido de los hogares", como ella misma dijera.

Pero no se conformó con la existencia protegida en los hogares sino que recorrió, siempre sola, gran parte de la Unión, con una intrepidez y una energía que hoy parecen cosa de leyenda. Fredrika viajó en diligencia por las praderas del Oeste, llegó hasta Minesota, hasta St Paul, un sitio en el que había un fuerte del ejército y de allí no pudo seguir porque era territorio salvaje. Se mete en las cabañas de los indios y come su comida, en la ciudades visita falansterios y casas de reclusión de mujeres delincuentes, se encuentra con publicistas y empresarios, discute con los abolicionistas y con los esclavistas, se mete en los manicomios, visita orfanatos y deambula por los bajos fondos de NY. En lo profundo de los bosques de Wisconsin visita a los inmigrantes suecos. En el sur esclavista se mete en los mercados de esclavos y, en Washington, conoce al Presidente Taylor. Conoce a Hawthorne y a Longfellow, quien hace una reproducción en escayola de la mano derecha de Fredrika. Pero, ante todo, conoce a Emerson, que para ella representa una revolución interior. Años después, todavía en EE UU corría el chiste de que Fredrika "le había dado la mano a Longfellow y el corazón a Emerson".

#### **IV**

Durante su estancia en EE UU, se le mete en la cabeza, o más bien en el corazón, hacer un viaje a la Isla de Cuba. En primera se siente mal, la comida americana le hace daño y padece de migraña y dolores de estómago. Por todas partes oye versiones maravillosas del clima y la gente de Cuba. Ella quiere disfrutar del trópico y reponerse en lo que a priori denomina "un paraíso", pero también desea conocer nuevas formas de vida así como comparar

las condiciones de los esclavos en EE UU con la esclavitud bajo la dominación española. También la religión le interesa mucho, pues nunca, después de adulta, ha visitado un país católico. Fredrika llega a La Habana sin conocer a nadie y, del mismo modo que yo me enamoré desenfrenadamente de ella cuando la conocí en casa de Artur Lundkvist, ella se enamora perdidamente de Cuba. Viaja al campo, se mete en todo y todo quiere saberlo. Queda fascinada con la música de los negros y escribe páginas únicas para la historia de la música y la danza en Cuba, ya que se mete en los barracones y en los cabildos a oír la música de los africanos. Donde los amos blancos no veían más que la expresión primitiva de un pueblo salvaje, Fredrika vio un arte de gran fuerza y hermosura. Y no sólo lo observó como una forastera iluminada, sino que lo disfrutó como una admiradora.

Su intención es permanecer en la Isla una o dos semanas, pero Cuba la agarra con su zalamería agrisulce y su propensión al relajo, de modo que se queda tres meses. Sobre esto escribe:

Cuba, la Reina de las Antillas, es deliciosa en sus pecados, y seduce de tal forma al viajero, que éste, como el Telémaco de la antigüedad, necesita de un Mentor que lo lance de cabeza al mar para poder dejarla. Esto es lo que me ha pasado a mí, que semana tras semana he pospuesto el momento de separarme de la isla seductora, retenida además por la hospitalidad de los criollos y por la amistad de gentes que son como el adorno del mundo.

Fredrika se mueve un periodo histórico que para mí, como cubano, es fascinante: La Habana a mediados del siglo XIX es el último bastión imperial de las Españas en el Mar de las Antillas, una encrucijada de maleantes y sabios, de traficantes y forasteros dudosos, de libertos, conspiradores, inmigrantes, esclavos y hombres de negocio. Cuba es un país en pie de guerra que está viviendo el auge de la corriente anexionista. Grupos de hacendados cubanos, en contubernio con hacendados esclavistas del sur de la Unión, financian las expediciones del general español-venezolano-cubano, Narcizo López, con el fin de derrocar

el poder colonial español y convertir a Cuba en un estado más de la Unión Americana. Fredrika lo sabe. En mayo del año anterior Narciso López había atacado la ciudad de Cárdenas, donde hace ondear por vez primera lo que sería la bandera cubana de la estrella solitaria.

Cuba es primerísima noticia en los diarios americanos de la época y la viajera hace apasionados comentarios sobre los acontecimientos. Las sublevaciones de esclavos eran también constantes. Las lomas estaban plagadas de cimarrones y, en medio de esa realidad, aquella extranjera sola trata de entender no sólo el egocentrismo divino de los colibríes y la obyección de las autoridades coloniales; no sólo el enigma del sexo de las ceibas y la corrupción de los curas metalizados y erotizados; no sólo el dolor de las madres esclavas que no pueden evitar que el amo venda a sus hijos sino que quiere entender lo imposible: el drama de la nacionalidad cubana en plena formación. Una cosa la decepciona: en ese instante Cuba estaba tristemente despoblada de sus mejores intelectuales: Cirilo Villaverde estaba en Nueva York. Domingo del Monte en España. José Antonio Saco vagaba por su destierro europeo y el venerable Félix Varela, fundador del sentimiento nacional cubano, se estaba muriendo de hambre en La Florida sin que ningún ricachón de la sacarocracia criolla se preocupara por su miserable destino.

El encuentro con Cuba representa una revolución erótica para la devota Fredrika Bremer, sin que esto tenga una significación directamente sexual. Por primera vez en su vida, a los 49 años de su edad, Fredrika se adentra en un ambiente donde el calor es un rufián que conmina a la desnudez, a la haraganería y el relajó. La transpiración, en el trópico, establece una relación mucho más íntima y sincera con el cuerpo propio y el de los demás, y Fredrika descubre la esplendidez de los cuerpos en el calor. Por primera vez en su vida forma parte de la vida cotidiana de un pueblo que adora lo corporal, lo pélvico, el placer de los sentidos y la alegría física de vivir. Y Fredrika se deja seducir por los movimientos

sensuales de la contradanza y de las danzas africanas, por la gesticulación de unos hombres y unas mujeres que no parecen entender los conceptos de la vergüenza ni la ocultación, y se siente irredimiblemente bien bajo la carga ardiente de las miradas y las expresiones de deseo de un pueblo que no oculta sus deseos.

El choque con la compleja realidad colonial cubana constituye, asimismo, una revolución en sus conceptos políticos. La carta que Fredrika envía a su amiga, la Reina Amalia de Dinamarca (y que se reproduce en Hogares del nuevo mundo), es un informe diplomático de primer rango en el que casi exclusivamente habla de Cuba. El espíritu de esa carta puede sintetizarse en el siguiente fragmento:

La situación interna de la Isla de Cuba, el despotismo de la Administración española, la avidez imperante por el dinero y la decadencia moral que esto conlleva; el amargo descontento de los criollos, el terrible estado de los negros esclavos, la trata ilegal que continúa y que está llenando a Cuba de africanos salvajes esclavizados –así como las miradas cada vez más codiciosas del imperio americano hacia esta nueva Helena–, todo esto le augura a Cuba un futuro violento y, probablemente, una horrorosa y sangrienta crisis. Ojalá que me equivoque en mis pronósticos.

No, no se equivocó, y no es difícil imaginarse que todo ese material histórico sueco, estadounidense, español y cubano me ofrecía un sinfín de posibilidades para la ficción. Pero también para mi maldad de escritor, y no es extraño que algunos especialistas suecos en Fredrika Bremer se hayan enfadado tanto conmigo tras la publicación de Fredrika en el paraíso, que yo creí que me tendría que exiliar de nuevo.

## **V**

Después de casi 10 años de llevarla en mí, formando parte de lo mejor de mi vida, me rendí ante el amor exigente de Fredrika y reelaboré estéticamente sus peripecias en Cuba.

¿Cómo lo hice? Pues creo que aplicando muchos de los recursos de los que acertadamente nos ha hablado el maestro Menton:

1.- Ante todo, distorsionando descaradamente las peripecias de mi protagonista en Cuba pero siempre sobre una base estrictamente cotejada de lo que ella hizo en realidad. Por ejemplo: en mi novela Fredrika se involucra en una operación de huida de un niño esclavo, lo cual siembra la duda: ¿y si lo hubiera hecho de verdad? Otro ejemplo (hay muchos) es su encuentro con un supuesto sobreviviente del naufragio de la Corbeta Carlskrona cerca de las costas de Matanzas en 1846. Cuando Fredrika en el paraíso se publicó en traducción sueca (primero que en el original) en 1998, un señor de la familia Lidman, descendiente del oficial de mi novela, me llamó el pobre muy esperanzado tras la lectura de la novela, pues creyó hasta tal punto en el embeleco que yo había inventado, que quería conocer todos los detalles de "la vida cubana" de su pariente. Yo me quedé mudo. "Siempre, en nuestra familia, hemos tenido la esperanza de que Lidman, en realidad, sobrevivió al naufragio, y al paso de las generaciones hemos barajado un montón de posibilidades, de las cuales la suya es la más plausible". Con el dolor de mi alma tuve que decepcionarlo, confesándole mi crimen de fabulador entrometido.

2.- Mezclando personajes rigurosamente históricos, pero ficcionalizados, con otros totalmente inventados por mí y, en todos los casos, construyendo –y permítanme que use ese verbo pues se trata de meras construcciones literarias— la personalidad y la psicología de aquellos personajes que Fredrika conoce en Cuba, cuyos nombres cita en su libro y que yo escojo para desarrollar mi ficción. El principal ejemplo de esto es Alfredo Sauvalle. Fredrika lo menciona sólo un par de veces en su libro, pero yo hurgué en los archivos del Historiador de la Ciudad de La Habana, e inmediatamente me di cuenta de que Sauvalle, además de Intendente del Hospital de Leprosos de San Lázaro, había sido un canalla ilustrado y a lo mejor hasta un conspirador anexionista, que trató de seducir a mi Fredrika con mil artilugios vanos. El

cónsul americano, Campbell, aparece diciendo cosas que había escrito de verdad, el hotelero Woolcott se convierte en un ser de carne y hueso en la novela pero mi personaje preferido es Juan Chartrand, el hacendado lúcido y charlatán.

3.- Captando el ambiente sociohistórico, político, cultural y religioso de la época, lo cual me brindaba la exquisita posibilidad de entablar un diálogo crítico, tanto con la historia de mi país de nacimiento como con la de mi país de adopción, logrando, creo yo, que el texto cobrase cierta vigencia actual. Un simple ejemplo de esto serían los encabezados de los artículos que Fredrika encuentra en el periódico anexionista La Verdad, y que son conmovedoramente similares a los que hoy pueden leerse diariamente en el periódico anexionista El Nuevo Herald, de Miami.

Y 4.- Tratando de explicarme a mí mismo –mediante la búsqueda y la yuxtaposición en un texto narrativo de imágenes lezamianas sacadas de la música, la gastronomía, la flora, el erotismo, la religión y en general de la cultura y la historia– por qué Cuba es como es y no de otra manera, con el “destino violento” que le vaticinó Fredrika y la delicias de su paisaje y su paisanaje, pero también con las frustraciones del explosivo contexto político.

Para no extenderme demasiado, no menciono otros recursos estudiados por el Profesor Seymour Menton y que tal vez se puedan hallar en mi novela, como el uso de anacronismos (las coplas que Fredrika ve grabadas en un árbol pertenecen a sonetos criollos modernos: “Yo tengo una mala maña / que a mí mismo me da pena: / aunque me acueste en mi cama / amanezco en cama ajena”), así como la intertextualidad, etc. Sin embargo, en nombre de la honestidad sí debo decir que esas cuatro técnicas fundamentales fueron sólo un pretexto para investigar lo que a mí verdaderamente me interesaba, que era adentrarme en los vericuetos sensoriales, en las brillantes contradicciones, en los secretos sentimentales y en el misterioso destino de una gran



mujer de la que sigo –y no me avergüenza confesarlo–  
necrófilicamente enamorado.

Muchas gracias.